

FESTEJOS SEPTEMBRINOS EN MURCIA Y SU REGIÓN

Saura Mira

Si siguiendo nuestro estudio sobre las expresiones festivas murcianas en relación con el calendario, cabe, sin ánimo de sistematización precisa, ceñirnos ahora a las expresiones septembrinas, muy en relación con la romería de la Virgen de la Fuensanta al monte, como el énfasis que en los últimos años mantienen los festivales de "Moros y Cristianos". También la espectacularidad que en Cartagena o en Fortuna presentan los de índole clásica, referidos a los festivales de Romanos y Cartagineses, como el de los Sodales Romanos, de la villa de Fortuna que celebra en el mes agosteño.

Nos vamos a ceñir esta vez a los dos primeros, teniendo en cuenta su extensión, pues por mucho que se venga escribiendo sobre ellos, sin embargo nos interesa reflexionar, desde estas páginas de Cangilón, sobre la repercusión que mantienen entre los murcianos y la sustanciosa garra etnográfica que se recogen en las muestras escenográficas de nuestros festivales de "Moros y Cristianos", tanto en la eclosión urbano-murciana, en el mes de septiembre, como en los pueblos comarcanos que, en diversos momentos, en especial en el mes de Mayo, cobran en sí mismo y se diferencian de los otros que se dan en urbes y pueblos alicantinos.

En todo caso nosotros mantenemos la versión de la importancia de lo festivo; de la fiesta como brote y reviviscencia, como reclamo del hombre urbano para dar paso a sus necesidades lúdicas. Por esto mismo encontramos relación directa con el sentido que la fiesta tiene en el barroco, tan estudiado como desconocido y que se intenta revalorizar con muy excelentes trabajos de gran erudición¹⁾. En este sentido se relaciona la fiesta del siglo XVII con su aspecto de ampulosidad, concebida

desde el gusto de lo social por lo asombroso y maravilloso, por el artificio y lo espectacular que tiende a "suspender" al público y ponerlo en trance de admiración, tratando de evadirlo de tantas preocupaciones. De ahí la presencia del arco triunfal, como de los armatostes en el escenario a modo de carros y de catafalcos, como de monumentos en días festivo-religiosos relacionados con el Corpus, que tanto nos admiran. Incluso todo esto tiene que ver con expresiones teatrales en versiones de chanzas en torno a caballeros andantes, con efigies de Amadises o al Caballero de la Triste Figura. Ello en cuanto a sus expresiones gratificantes tocantes a eventos de alegría o dolor ante desgracias de la monarquía, en unos siglos repletos de muchas amarguras. Pero la fiesta es posibilidad de entusiasmar y de plasmar sentimientos populares, recalcitrantes, y que se suman a fervores muy en trance con eventos de las clásicas expresiones de Grecia, cuando en el mes de Septiembre se rememoraba la fiesta de la vendimia, en el famoso festival dedicado al dios Linus, relacionado con la prensa del vino, que de hecho se retoman en nuestra región en la vetusta "Gémina" o Jumilla, en ese tiempo.

Nos interesa el folklore urbano y rústico como el geólogo busca la huella pétreo y su estado, como el teólogo la luz divina, la idea que trasciende. Para los clásicos se contaban los días normales y los días lúdicos o geniales, que son los que se inyectan en la gama de la parafernalia, en la sutileza y misterio de lo festivo. Lo festivo es un acopio de solaces y aventuras que reclama el humano desde su existencia haiderggiana, como menudencia de su autenticidad y necesidad de no hacer nada, como un dulce "far niente", pero sí con la astucia de divagar y lanzarse a la estela vaporosa de un

1. La Fiesta en el siglo de Oro. Teresa Ferrer Valls.

hacer, desde la médula prístina del hombre, desde su sustancia primigenia.

El festejo alumbraba un acontecimiento que se detiene en sí mismo. Es la presencia del fasto, del acontecer en relación con los dioses penates, con los dioses que son espíritus, a los que hay que custodiar o apartarse de ellos como en el confucionismo. El sentido de lo folclórico apunta hacia la presencia del hallazgo y del fuego, de la fantasía y del acontecimiento. Por eso cada fiesta patronal es, siempre, un período de ascetismo, como de ayuntamiento entre el espíritu y la carne, una danza, una comunión con el pasado, desde la realidad adusta, que siempre es una carga como diría Proust, quien apela a cierto estado de locura para sobrevivirla. En verdad que la "Búsqueda del tiempo perdido", es un peregrinaje hacia el interior para darse cuenta del futuro, desde dentro, del hombre.

Hay días geniales como los que incitan a la pasión, al disfrute, al enloquecimiento sin necesidad de beber el brebaje que cura, como a Orlando su locura. Lo importante es mantenerse en ese estado para cumplir con el rito, con la liturgia, con el ademán fantasmagórico de ese espacio de tiempo orgiástico, donde la danza, la amistad, el amor, el yantar, forman parte de su gesta.

Hay que señalar que hay tiempos festivos y místicos en nuestro entorno. Son las fiestas cívicas y religiosas vividas desde nuestra cultura y creencias, pero insisto en que hay algo que demandan las viejas civilizaciones como base del actuar humano: son los ciclos arcaicos de las ofrendas y de los homenajes a nuestros antepasados.

Persiste en la ciudad del viejo Thader o río Blanco, o casi río de nada hoy, un catálogo de festejos que desgranaban la cadencia del calendario gregoriano con sus trajines de referencias hagiográficas que se patentizan en el fervor del santo diario o patrón, de la Virgen o de la presencia máxima de nuestra Redención. Desde Enero a Diciembre las calendas apuntan series de ritos y faenas atávicas que forman parte de la tradición folclórica, del acervo antropológico que se



Romería de la Virgen de la Fuensanta. (Murcia).

delata en ademanes y expresiones, a veces disparatadas, pero respetables y que van en relación con lo cultural y lo que denomino "secuela de contagios" o usos seguidos en la masa o en grupos, o en zonas determinadas que preconizan alguna forma de ser, aunque en principio no la comprendamos.

FERVOR A LA VIRGEN DE LA FUENSANTA

En esos tiempos de liturgia y contagio humano, con la versión de unos fervores colosales; nos interesa la mezcla del pinto-requisimo y ese atavismo que informa la secuencia del uso que es como perfume y fragancia de algo que es dádiva, donación, promesa, ofrenda, peculiaridades, actos que se entregan como agradecimiento, como acción de gracias al santo o a la Virgen, la Morenica, en el supuesto de la Virgen de la Fuensanta, que sustituye en el patronazgo

murciano a la arcaica de la Arrixaca, de sabor de Cantiga y energía medieval. Pero con el correr de los años la Virgen de la Fuensanta asume el papel y todo se acumula en su fervor, como éxtasis sensible, con los preludios de la efigie antigua, de bulto, que se corona en el Puente Viejo, en fecha retomada y encaramada al vértice del gran fervor explosivo, cuando aparece la fecha septembrina: su martes de romería, cita ineludible de la ciudad y huerta, que ya de madrugada se asoma a la catedral para ver a su Morenica, la fragante azucena, que en franca y ardorosa romería se la "sube" a su santuario, cuya portada es obra de Bort, donde antaño hubo pequeña ermita... "chiquiteja ermita entre iglesia y mezquita", como dice Fuentes y Ponte.

Todo un clamor potencia este suceso costumbrista donde cientos de páginas de nuestras mejores plumas han intervenido en su realce y perpetuación de la misma, pues impone cada ademán, cada encuadre en el espacio que ocupa su proceso, hasta encaramarse a Ella, a su Camarín, donde impone la calidad de su empaste plástico y religioso henchido de un aroma de pueblo que se enfrenta a su religión maternal, ayuntando su carisma en aquel espacio de viejos cenobitas, en aquel Hondoyuelo, donde brotó fuente sagrada, restaurada desde el siglo XVI. Y como todo hondo fervor este va seguido de leyendas y encuadres poéticos, como la gesta de la Baltasara, cerca de la cueva, donde la célebre actriz, de la escena de Claramonte, tuvo su retiro en aquel paraje colosal para las experiencias sublimes. Por lo que todo encuadra en este venerado paraje del Monte que cada septiembre apuntala más su impacto con la acogida de los romeros y de la Virgen vestida con su manto azul portando en sus brazos a su Hijo. Color y peregrinación al son de laúdes y bandurrias, de danza de sus mozos y mozas ataviadas con el traje huertano para dar más esplendor. Conozco las romerías de antes y las de ahora, aquellas con más garra por su costumbrismo auténtico, carromato y

yantar junto a la olivera entrañable. Las de ahora masivas y con los nuevos ritmos del momento, más intensas aquéllas y más populares éstas. Con más fervores aquéllas, donde la "promesa" era la base y fundamento, aquel poner los mantos de la Virgen sobre los cuerpos de los enfermos para sanarlos, o el ir en cuclillas hasta el santuario, de rodillas y con los pies descalzos, algo que impone aún y es muestra de los fervores religiosos imperantes en la gente sencilla que vibra con el rostro moreno de la Madre. No puede faltar, ni antes ni ahora, el hecho fabuloso de la "lluvia de pétalos", cuando la Virgen pasa por lugares como Algezares, camino del monte. Pétalos que son como una lluvia de oraciones que se elevan al cielo azul de la mañana divina. Pétalos que son mensajes a la Flor más hermosa. Pétalos de rosas suaves como las caricias a la Madre, como el encanto de la primavera: raudal de notas de violín que encadena el cántico de amor a la Reina de las Flores. Nada más unido en connivencia con el amor a la Virgen, como este emblema de los pétalos que desde sus bandejas plateadas son entregados al rostro de la Madre; caen desde los balcones como estrellas infinitas que, de pronto, se ayuntan en su derredor como infinidad de ángeles que la quisieran llevar hacia los Cielos. El pétalo es el mejor regalo a la Fuensanta, a nuestra patrona que mora en su santuario, que desde él ampara a cada uno de los murcianos, creyentes o no, y sobre todo queda allí para que la visitemos en cualquier tiempo, aspirando el néctar de su recia y sublime morada. El santuario se eleva en la altura como algo que se dirige al Paraíso, con la caricia de la mano maternal que es la que tiende su mensaje de auténtico amor y salvación. El santuario es filón de gracias, sumas esperanzas para los que estamos en la tierra soportando la penuria y el hambre de justicia. Toda religión posee la liturgia hacia el engarce femenino, donde la madre impone su gesto, pero que en la nuestra adquiere rango de suma compla-



Escena de la romería de la Virgen de la Fuensanta.

cencia al inmiscuirse en toda plegaria y al pregonar su ternura en el hombre que vive su valle de lágrimas, su existencia de temores, angustias y de dudas.

Es la vivencia teológica que nos depara el fervor a la Madre, la prestancia de una romería con sabor a pino y a yantar entre la alegría de una renovación espiritual. Cada septiembre aporta su restauración, su aporte genial que anima a las almas de los humildes y da amparo al peregrino, al que hace la promesa en compensación de una dádiva concedida o por conceder. Es el espíritu de la religión popular el que anida en cada uno de los romeros que se ciernen al manto de la Fuensanta, o que beben en su fuente sagrada, paladeando aquello de la coplica:

*"Si posees calenturas
el agua, en la Fuente Santa*

*bébela, que es cosa santa
porque al beberla te curas..."*

Hay todo un clamor en este escenario romero que es la voz de la ciudad y su huerta en la conmemoración de esta efeméride. La romería de septiembre es algo distinto, como el azul de su cielo y el himno de sus hombres y mujeres que acompañan a la Madre morena, reviviendo el expresivo esplendor de otras épocas pasadas, cuando desde la potencia del momento se iba gestando, desde el alba, la peregrinación por los caminos tan murcianos, como el Puente Viejo, el Carmen y el Reguerón hacia el Monte, con la cadencia pausada del amor contenido y la verborrea de la carroza ancestral con la gloria de su color y aportes etnográficos, espacios para contar y dar expresión a la estampa anecdótica; efusión de color como un lienzo recién pintado.

La romería ha tenido sus cronistas, como la historia del eremitorio la tiene en el Doctoral La Riva⁽²⁾, Fuentes y Ponte, etc., aunque nadie como José Alegría⁽³⁾ ha vertido la emoción tan entrañable de este día septembrino, cargado de costumbrismo. De todos modos este talante se da en el murciano que es capaz de pergeñar la savia de la emoción desde su misma presencia, porque nacer en esta ciudad del

2. Historia del Antiguo Santuario de la Virgen de la Fuensanta de Murcia.

3. La romería de la Fuensanta (Amanecer... 48)

Al socaire de estos párrafos hemos de decir que nosotros no intentamos más que apurar la esencia de lo folclórico regional, sin hundirnos en profundidades que a veces son innecesarias y darían lugar a un tratamiento más denso. Nos referimos, cual lo advertimos, a los contagios costumbristas que han integrado la marca murciana, su sentido y anécdota desde sí y desde su entorno, pues los pueblos inciden en la versión variopinta de su corporeidad. Ello en unos momentos en que algo desaparece y algo revive, aunque con otra huella distinta pero no por ello lejos de adentrarse en la profundidad costumbrista, solo que son otros aires los que privan. Particularmente me encantan los aspectos folclóricos de hace unos veinte años, acaso por estar más cerca de la niñez y por tanto, de los fundamentos más auténticos y admirativos. Pues entonces acudían en carros y carrozas los huertanos al monte y bordaban todo el paisaje en un variopinto argumento pictórico, incluso el atuendo y la filosofía de la vida era otra cosa, incluso la frecuencia musical y el mismo fervor, más pausado, con menos letargo de fanatismo que es imprescindible en todo este acontecimiento, ahora y siempre. Conservo viejas fotografías y apuntes tomados del natural sobre esta temática, y mi padre acudía cerca del Santuario para pergeñar un apunte magnífico, incluso es autor de una excelente obra el lienzo, que se titula "La promesa", que se conserva en la Asociación de la Prensa, que mereció premio en su día (nosotros lo hemos reproducido en una portada de Cangilón). Pero es que la prensa se ha apropiado en demasía de estos temas y los hace prosaicos y buscan más la tonalidad espectacular que el hondo sentido que, sin duda, es propio para el investigador, pero esto pasa con todo, la masificación descompone y aturde, no hace saborear. La sensación estética se mide no por la extensión sino por su intensidad.

Segura es amar el terruño y seguir a la Fuensantica. Lo murciano huele a pétalo de rosa, a canción de cuna huertana, a cañaverl y a Viernes Santo mañanero, dulzón y pasional, a Cristo de la Sangre y a portada catedralicia. Lo murciano es lo que queda y se delata en su intemporalidad, como yaciendo en el fondo del alma misma. Es algo que se aploma y contagia a los otros ángulos de la vida.

El monte cercano alberqueño retiene en su haber un rumor de congoja y fidelidad a la espiritualidad, como si quienes habitaron todo el Hondoyuelo o paraje de cenobio, formularan tan sólo el adorable esquema del conocimiento divino agustiniano, desde el siglo XV en que ya los ermitaños solicitan del concejo licencia para utilización de zonas, fuentes y espacios para sus oficios; que estos fueron muy adecuados para los frailes de la Luz, como los relativos al cultivo de la tierra, el pergeño de escobas y preparación del sabroso chocolate, que lo hacían tan especial, que hasta subían de la ciudad forasteros para degustarlo en su auténtica salsa, y hasta un servidor lo ha comido en ciertos momentos de regusto placentero, cuando de crío iba con mi padre a recorrer estos sabios y bellísimos parajes, encaramándose por la esquina de San Antonio el Pobre, lugarejo no ya tan alejado por la fluencia de "urbanizaciones", que han traído al sagrado espacio de cenobitas la garra de una civilización obsoleta y

contradictoria con aquellos mensajes robustos en fe cristiana, zonas de los Teatinos o en torno a Santa Catalina y Villa Pilar, que eran y aún lo son refugios de la piedad y monumentos de fecundia sacrosanta, donde se apoya el vestigio de los grandes corazones que se apartan del "mundanal ruido", para seguir los pasos del Evangelio, comprender su significado, contradictorio para el ciudadano de tejas abajo, pero profundo para las almas puras que ven y miran la naturaleza bajo el signo de lo divino⁴. Pues si ya en el siglo XVII pisó estos parajes místicos la apellidada cómica, la Baltasara, de la compañía del sin par Andrés de Claramonte, nutriendo su cueva de aliento teológico y ascético, dejando los ademanes y mimos del teatro para acurrucarse en sus anhelos hacia la Virgen, reteniendo con ella la imagen de la Madre que dio origen al fervor por la patrona; también en el pasado siglo delata su figura gigantesca la madre María Seiquer Gayá, fundadora de las Hermanas del Cristo Crucificado, con sede en Villa Pilar, que fuera mansión del conocido matrimonio de Santo Ángel. Ella, una señora de postín, que en los primeros años del siglo dio tanto que hablar a la ciudad por ser la mujer conductora de galeras, que iba por la ciudad del Segura como bella amazona, que impulsaba estos menesteres además de dar constancia de su noble enjundia y fervor religioso. Él, Ángel Romero, excelente hom-

4. Tengo gratos recuerdos sobre todo este lugar que encuadra el monte, cuya sierra es tan entrañable para el murciano que la mira desde los bordes de sus banales o desde sus acomodados espacios de casas construidas en la ciudad mastodónica. Se admira la línea ondulada y la pictórica de la Cresta del Gallo con su impacto, o la dulce y suave línea que perfila el santuario tan denso y deseado, como la casita del Labrador con ventanucas arabescas. Es un paisaje familiar y adorable y aún más sus lugares en torno al castillo, con la soberbia raigambre de sus lejanías que te llevan al perfil sonoro y ocre de la torre que se contempla miniada como en lámina medieval de salterio. Es amplio el paisaje y envuelto en riscos y encuadres que se encaraman a las cimas del monte o bajan hacia el valle en sensibles cuitas de goces infinitos donde el chalet recorta con su silueta el laberinto de grises, verdes y azules. En un centro Villa Pilar apunta la nota de recogimiento en una finca amplia con fundación de las Hermanas de Cristo Crucificado, de tanta solera. Todo el monte encuadra solemnes datos y telúricas formas ancestrales que narran su énfasis y adornan con su temática la panorámica fecunda de su entorno, con la patria chica del ínclito Saavedra Fajardo de por medio. En el monte se forjan las mentes más exquisitas, por él anduvieron místicos y poetas, estetas y pintores como Garay, Pedro Flores autor de la cúpula del santuario, Saura Pacheco, entre otros muchos amigos de la naturaleza. Por entre sus valles y riscos caminamos juntos en afables estéticos el amigo Enrique Larrosa "México", veterano acuarelista fallecido hace cinco años, amante de estos lares como lo es ahora Antonio Castillo, como lo fue Bonafé, fecundo artista de fino pincel.

bre que compartía la medicina con el apóstolado y entrega a la clase pobre, víctima y mártir de los odios de aquella absurda e iconoclasta raza de hombres que buscaban la sangre del inocente, inculcados por el resentimiento y la maldad; dieron pasto a sus instintos dejando la huella de sus horrores, matando al inocente y teniendo que esconderse la buena esposa María, en distintos lugares, retornando, una vez terminada la guerra civil que enfrentó hermanos contra hermanos y fundiendo amor donde estaba el odio, perdonando incluso a sus enemigos, dando ejemplo de algo inédito y fundando convento en donde antes era la morada de la ejemplar pareja conyugal.

Si acudís a Villa Pilar, veréis al final del noble y solemne camino de pinos, la Cruz donde se alude a la vileza que acuña el nombre de Ángel Romero, como recuerdo de una gesta, de un corazón que dio su vida por el hermano. Hermoso acto, remunerado, sin duda, en el Paraíso.

En el interior del convento, que huele a pino y a sencillo aroma de Dios, se conservan aquellas piezas elementales que utilizaba la madre fundadora junto con la Madre Amalia, en los primeros años de trotar por caminos y lugares para atraer a las Hermanitas, como la sustanciosa tartana y otros utensilios, que sus seguidoras custodian con amor recio, junto con fotografías de la madre fundadora departiendo con familias y una chiquillería hambrienta de la voz de Cristo.

La Hermana María Seiquer, émula de la sublime madre Teresa de Jesús, también apuraba su néctar de amor hacia los demás, se moría de amor, necesitaba vivir con su Amado, dejándose llevar por su locura hacia El, viviendo en una intensa vida de entrega y ternura a los niños, creando escuelas para ellos e impartiendo enseñanza religiosa. La que no podía vivir más que para el recuerdo de su marido y su Dios, buscándolo en cada instante, escribiendo sus diarios y biografía con voces humildes pero rotundas y sinceras, sacando de su corazón palabras y voces de una mística



Escena de Moros. *Saura Mira*.

renovada, como lo ha señalado alguno de sus estudiosos, como el Padre Capel y lo asimila el buen cura José Hernández, de singular memoria.

La Hermana María Seiquer fallece en el año mismo de la constatación de la fundación, en el invierno de 1975. Recientemente ha sido beatificada, dándose a conocer al mundo católico su biografía; la de una santa que como la actriz de nuestro siglo de Oro, se empeñó en buscar a Dios sobre todas las cosas, en hacerse pequeña y en nada para proclamar la enseñanza de la Cruz.

Tengo relaciones con Villa Pilar por una tía que profesaba esta Orden, la madre María del Carmen, recientemente fallecida, cuya vida ejemplar la ha pasado fundiéndose en la misión de la fundadora a la que llegué a conocer, cuando de niño acudía con mis padres a visitarla, saboreando desde la niñez este regusto por la santidad que sólo es patrimonio de unos pocos, de unos elegidos que ponen su empeño en dedicarse a los demás, en hacer precisamente aquello que no desean hacer, como diría el apóstol. Pero la santidad es algo tan raro y de tanto valor que no puede uno más que vislumbrar

los ejemplos claves y estas almas ricas en dedicación y paciencia, dignas de loa. Por eso, cuando me acerco a este recinto de piedad que queda junto al monte, orillas del Santuario, y oteo los rincones, caminos del Vía Crucis de Villa Pilar, ermita y cementerio, me quedo anonadado, como enquistado por el hondo perfume que se huele y por la menudencia de voz divina que se queda en sus estancias. Hay algo que muestra el rostro del más allá, de la verdad que no reside en este mundo y aún he tenido ocasión de escuchar el murmullo de sus rezos, de sus actos litúrgicos en fechas entrañables de la Navidad y la Pasión, quedando extasiadas las monjas ante el dolor de Cristo Crucificado. Un mundo nuevo que se aleja de la banalidad de lo terreno. Un mundo que aguanta el dolor y la carga de la existencia con una alegría infinita. Por eso las ancianitas hermanas que quedan en Villa Pilar son el testimonio más hermoso de todo el regusto y savia del amor encendido de aquella "santa", madre fundadora, María Seiquer, cuya vida ha dado trascendencia a todo este paraje de energía religiosa, pese a los alocados tiempos en que se vive, sobre todo de una juventud vacía y que no cree en nada.

FESTIVAL DE MOROS Y CRISTIANOS

La historia medieval penetra la crónica de los sucesos que dieron lustre a cada ciudad. Se inserta en los nobles espectáculos revividos que otorgan una escenografía y teatralidad muy encomiable y que nos señalan los comienzos del teatro.

La versión del festejo de "Moros y Cristianos" encuentra un ademán vigoroso en las expresiones folclóricas de hace siglos, tanto en tierras norteñas como en el espacio meridional, como un acopio de las clásicas danzas, a las que alude el mismo Covarrubias⁽⁵⁾, al señalar que otras danzas "...eran de hombres en dos diferencias;

unas mímicas que responden a los mata-chines, que danzando representaban hablar; con sólo ademanes, una comedia o tragedia; otras danzas habían de hombres armados que, a son de instrumento y a compás iban unos contra otros y trabando batalla. Estas se llamaban pírricas, del nombre de Pyrro inventor del arte y género de la danza... género de danza muy antiguo en España...". Por lo que se observa que ya en el siglo XVI era antiguo este género de danza, intitulada de Espadas, con referencia a Toledo, en camisa y en gregescos de lienzo con unos tocadores en la cabeza, y con espadas que hacían vueltas y revueltas y una mudanza que llaman la "degollada".

Indudablemente la danza, en su diversa versión, es tan antigua como el mismo hombre que da expresión a su energía con este ademán, a veces fantasmagórico, con efectos místicos y lúdicos. Por eso ha sido tan divulgada a través de los dibujos más apartados, en las místicas cuevas de nuestra geografía. Toda nuestra literatura queda salpicada de estos reflejos de expresivas fiestas, donde la danza o los juegos de cañas, en honor de afanes amorosos entre caballeros, conforman algo sustancioso en los textos de nuestra crónica del siglo de Oro. En cuanto a las referidas "danzas de moros y cristianos", exponen algo de este sentimiento de combate, con el entorno dioramático del castillo, como reviviscencia y encantamiento, con alusión a los espíritus malignos y benignos. Algo que en su aspecto escenográfico tiene su eficacia desde el siglo XV, casi rozando la misma realidad y antes de que se conquistara, por los Reyes Católicos, la hermosa ciudad de Granada donde el rey Boabdil lloró amargamente y sus poetas por supuesto. Sabemos por descripciones del estudioso Caro Baroja⁽⁶⁾, que en este siglo los Condestables hacían versión de estos lances para recreo de los asistentes

5. "Tesoro de la Lengua castellana".

6. Es fundamental para todo este estudio la obra del citado autor, "El estío festivo", donde apunta una gran bibliografía y exhaustos conocimientos.



Moros y cristianos.

y que eran muy usuales en momentos de la presencia de los monarcas por tierras castellanas, como si se necesitara afianzar y constatar la fuerza del afán cristiano y de sus patronos, en especial el apóstol Santiago. Estas danzas, aquel "combatir castillos entre moros y cristianos" al que se refiere Cristóbal Pérez de Herrera, forma parte del espíritu del colosalismo y triunfalismo del alma patria, que se simboliza en estas arcaicas y fecundas representaciones en base de comparsas de moros y cristianos, que se proliferan en tierras valencianas y alicantinas, donde el flujo de la conquista fue en su tiempo ardiente y enmarcado en referencias y anécdotas caballerescas, cual acaece en ciudades como Alcoy, Villena, Elche, Petrel, Sax Castella, etc, que marcan su impronta mediterránea en su festejos, desde las representaciones teatrales de

"moros y cristianos", con la presencia de los signos relativos a la "Mahoma", "entrega de llaves", a manos cristianas, como de comparsas a la hechura de una escenografía muy barroca y plena de colorido y ruido de la traca. El ambiente alicantino se toma en consideración en la celebración murciana de este festejo⁷⁾ con datos concretos. Estas encrucijadas entre moros y cristianos, a los que nosotros deseamos que se incrusten también los judíos, por la estirpe de su raza y su cultura en la historia medieval patria, van tomando prosapia en nuestra región, incluso en Ayuntamientos de reciente creación, como el de Santomera, que desde el año 1979 suena con sus ecos de timbales y da constancia, con fuerza, de su contenido de crónica medieval, como cántico a su identidad, insuflado por lo pintoresco de las Kábilas y las energías de los cristianos en domeñar el imperio musulmán, desde esta zona comprometida con los monarcas católicos. Municipio pleno de huerta y tradiciones, del que es preciso dejar constancia. Pero todo esto vale desde la eficacia de una versión que ha sido trasladada, de otras tierras, aunque pergeñada desde su propia identidad, y en este sentido nos congratulamos con esta revervescencia de la cultura popular a la hechura de cada localidad, a la que es preciso acudir para investigar sus pasados ecos que son los que identifica y da realce a cada comarca.

Pero también cabe una interrogación en este sentido, cual es el de la recuperación de lo sefardí en nuestros pueblos. Nosotros venimos defendiendo aquel crisol de las tres culturas que fundamentan el acopio completo de lo espiritual patrio, como legado en sus tres parámetros, sin desdorar ninguno, con la eficacia y calidad de cada uno de ellos. Sabido es la injusticia que desde hace siglos, en general desde los inicios de nuestra construc-

7. Interesa para este estudio particularizado la obra de Rafael Coloma: "Libro de la fiesta de moros y cristianos de Alcoy" 1962. Rafael Llopis "Costumbres españolas. Moros y Cristianos", etc.

ción histórica del concepto de patria, se hace con los hebreos y basta con auscultar nuestros anales, cosa que no vamos a hacer por falta de tiempo. La radicalización, la expulsión del judío con el decreto de marzo de 1492, tan recordado últimamente, viene a proferir los lamentos por una raza básica en el lenguaje patrio, expresiva en su haber cultural y de asentamiento lingüístico y folclórico, pues se puede afirmar que ninguna ciudad o pueblo español, por apartado que esté, carece de un ademán, de una secuela o gesto sefardita, que con el tiempo se ha intentado diluir bajo la presencia de otros postulados. Hora es de que se apetezca la simbología de los ancestros judíos afincados en el lado oscuro de nuestras urbes, pero recogidos por la envidia de los especialistas que, cada vez con mejor pluma, van inventariando ese legado impresionante. La perfidia al judío viene de siglos, removida por nuestra literatura del siglo de Oro, fecundada por la otra novelística decimonónica, sofocada su existencia por la barbarie hitleriana.

El festival de moros y cristianos mantiene su textura desde el encaje de los pueblos donde adquieren su mayor envidia y ello es básico para comprender su expresión folclórica. La verdad es que observamos semblanzas diversas en su encaje, desde la faceta alicantina a la meramente andaluza; donde la versión de este evento recalca su tratamiento. Mientras en los pueblos alicantinos, desde Sax a Villena, se hace fundamental la presencia de la batalla en la toma y reconquista cristiana del castillo, con los signos de la gesta interviniente: presencia de la "mahoma", de la entrega de las llaves, etc, sin embargo lo que tipifica nuestros festejos murcianos regionales radica en la presencia de un ritual ancestral, como el de la bendición de los campos a través del agua, mediante la introducción de la cruz en fuentes públicas que recrean el evento sagrado, como la llamada "procesión y rescate" de los santos. Estas expresiones resaltan e identifican el

festival murciano regional patente en lugares tan preclaros como Caravaca y Abanilla, en sus festejos de Mayo. Si las expresiones folclóricas de este festival implantan su pose y majestuosidad en pueblos como Alcoy, Petrel, Elche, con su gesta marítima; también los encajes del festival de Caravaca, Abanilla, Jumilla y Murcia, asumen presencias de aquéllos en sus trazas de las Mesnadas y Cábilas, como en el auto representativo y boato de la ciudad convertida en requiebro del medioevo, donde todo se enfunda en lo festivo, reviviéndose el tiempo pasado identificador de una crónica básica de la historia urbana con la presencia de los personajes esenciales.

Sobre este particular se viene investigando en torno a las claves de nuestro festejo, sobre su antigüedad y significado, con el fin de darlo a conocer y en todo caso "vender" este producto de nuestro patrimonio, acaso mal enfocado y no muy bien tratado por propios y extraños. Y es que la historia medieval está ahí, no se la puede ocultar y por lo tanto escenas de moros y cristianos, como de judíos viene asimilando nuestro mejor entorno cultural; máxime cuando se está trabajando sobre la esencialidad de las tres culturas que se inyectan en una forma de ser del hombre de la zona andaluza, como murciana.

Capel Sánchez ha sido uno de los hombres más dedicados y apasionados por este evento festivo, sin duda quien ha dado empaque y puesto las cosas en su sitio sobre el festival que nos ocupa, advirtiéndolo en sus muchos trabajos, artículos y ensayos, la característica de los festivales murcianos, su carácter y su fecundia que se instaura en el siglo XIII, XIV, XV y XVI, aspectos que nos hace pensar en la tradición, incluso más antigua que la de otros pueblos de tanta explosión festera. Sólo que nuestra región ha calado más en los amantes de lo propio, donde la cadencia de su impronta apenas se deja ver en el foráneo. Esta huella es la expresión, la ritualidad que conllevan nuestros festejos

envueltos en una gracia, en un arte singular que hay que retomar, son sus "... rasgos peculiares..." de los que habla Capel, detalles que se asocian a rituales ancestrales en torno a la bendición de los campos en fecha primaveral (de los que hemos tratado en otra ocasión), mas bien sigue la tradición andaluza más entrañable, menos estentórea, pero que da realce a la insignia de la Cruz, reliquia venerada en Caravaca y en Abanilla, lugares mágicos, cita de peregrinos, en la nevatura cristiana de Caravaca con sus viejos caminos que van hacia Castilla. En Caravaca con su mensaje de milagro y cruz, se encuadra el festival en un aire de embrujo y osadía templaria, donde la presencia de los "Caballos del Vino", emulan exquisita tradición medieval. Más de 60 caballos del vino arropan la fiesta y donde el rito del "Enjaizamiento" tan exquisitamente descrito por nuestro compañero Melgares Guerrero en trabajo ejemplar, nos deleita y provoca la estancia en esta sagrada urbe en sus fechas de Mayo. Se da el signo de la belleza en los bordados y diseños propios de este ritual en el que intervienen las peñas y provocan esa reviviscencia típica de cada fiesta, como renacimiento. Algo que se aúna con la egregia y reconfortante escena del Baño de la Cruz en el Templete, como lienzo soberbio para el mejor Apeles...

El añoso documento de Jumilla de 1615, vierte, cual adveran sus cronistas, marca de este festival con su duende en torno al Castillo que conserva su altanería y misterio. La villa abre sus coturnos en fecha septembrina con sus Festivales de la Vendimia, cita de los amantes del licor de Baco y de la belleza de sus mujeres que, desde sus carrozas, se dejan ver en cadencias de femeninas vestales, adorables como esta tierra de enología y fausto guerrero, enmarcada en sus blasones de alcurnia y boato.

Abanilla plasma su empaque de festival de moros y cristianos desde su cabal paisaje bíblico, con sus aldeas moriscas que nos enamoran. Se ha estudiado esta farsa den-

tro de su propio escenario con sus peculiaridades que la hacen recreadora de su propia versión, donde la calidad de la "soldadesca" marca su estilo, como milicias populares de los pasados siglos y donde se da prestancia al Capitán de la Cruz, como a la presencia de los pajes, figuras que remarcan el acontecer de estos festejos de Mayo, con la explosión de la romería y el baño de la Cruz en la fuente de la ermita y la puesta en libertad de la "granada", como mensaje de palomas blancas invadiendo el ambiente pleno de sublimidad.

Nos encontramos con la forma murciana de la celebración del festival de "moros y cristianos", en sus rasgos básicos e identificadores que se dan en Jumilla, Caravaca y Abanilla, como más rituales y que merecerían un amplio estudio en el que no podemos entrar. Pero sí remarcar la versión importante de los detalles de esta tierra de Abanilla plena de paisajes de tan estupenda estirpe. Es en el año 1564, según atestigua Tomás Ruiz, cuando surge en la villa la Cofradía de la Santa y Vera Cruz, gestándose su devoción y donde las figuras del capitán de la Cruz y los pajes, marcan su identificación en el festejo, con todo el ritual que mantiene, que va desde "vestir al paje" y toda su preparación, con fechas que se instalan en su misterio como la del lunes de Pascua en la que se procede al planchado de sus atavíos por las mujeres del lugar, como la fecha del 19 de marzo en que se procede a la celebración de las pujas para la elección del capitán de la Cruz.

En Yecla, vieja "Yecora" de nuestros literatos, el 8 de diciembre marca su sentido festivo con el desfile de la "soldadesca", y donde la figura del Mayordomo del Bastón tiene su enjundia, rememorando la presencia histórica del capitán Martín Soriano Zaplana, que participó en la guerra de Cataluña en el siglo XVII; todo ello bajo el diorama y el signo de la pólvora y tronar de los trabucos.

Por lo que respecta al festival septembrino murciano de moros y cristianos que

se inicia en 1986, conviene advertir que cada año viene intensificando su perfil de aportes murcianistas con ecos y referencias del siglo XIII, dentro de un escenario donde se apiña la silueta del castillo de nuestros pueblos que vienen a proclamar la presencia de una épica que se inserta en las páginas de la crónica regional murciana, donde la figura de Alfonso X y la de Aben Hud rubrican nuestra identidad histórica en la reconquista cristiana.

Murcia en septiembre se engalana con sus aportes edilicios, deletrándose en sus placetas y calles toda una efigie colorista de Cábilas y Mesnadas que aducen la crónica del momento. Todo vibra y aturde como en las representaciones barrocas, donde lo colorista y lo majestuoso suspende la mirada de quien lo contempla. Hay un eco septembrino urbano que suena a rojo de la sangre del corso tauril, a sabor de feria y menudeo de trato con el gracejo de la figura del calé que le imprime carácter y regocijo al ambiente.

Murcia se viste de fiesta ante esta escenografía medieval que cubre y forja encuadres paisajísticos urbanos de formidable cuño. Destaca su signatura en los atavíos y toda la parafernalia de sus eventos con las cabalgadas y propuestas de escenarios, adaptados a su más entrañable estilo. Entendemos que esto es lo interesante y lo que hay que plasmar en su justa medida, dándolo a conocer sin mezcla de signos extraños que corresponden a otras regiones, pues nuestra ciudad ha de mantener su huella arabesca medieval con todo el repertorio documental que constata su personalidad. En este sentido estimamos que desde el año 1986 se va imprimiendo al festejo nuevas tonalidades fundamentadas en su viejo testimonio, aunando matices y aportando segmentos que la potencian. Es que su pasado medieval es la raíz del contenido religioso-folclórico que se retoma para enaltecer la fiesta, insertándose en su tramado la pre-

sencia de las tres culturas que dignificaron su historia medieval y proclamaron la tolerancia convivencial en esta tierra de acequias y palmeras: "herencia sagrada de los mismos árabes", como dice Ruiz Funes.

Hay que seguir tomando buena cuenta de estos festejos ligado con la historia urbana, desde la escenografía que le confiere carácter: presencia de Cábilas y Mesnadas por su entorno, junto a representaciones teatrales del evento, algo que suscita testimonio y lealtad acompañado por la bataola y participación ciudadana que se integra.

En todo ello se amalgama lo histórico y lo religioso, lo verdaderamente enraizado con el medievo y sentido desde la expresión popular con la alusión a la Virgen de la Arrixaca. Para J. Capel Sánchez⁽⁸⁾, estas fiestas han sido junto a los toros, la fiesta nacional: "trascendiendo y siendo esportada a otros países de cultura hispana como un elemento de la forma de ser y sentirse español".

Nuestro autor citado ha estudiado con rigor la importancia de estos festejos y su aporte en la nomenclatura del entorno, marcando su impacto y originalidad que acumula sus rasgos y tonos a lo largo de estos años.

Para nosotros interesa en estos festejos su fastuosidad y barroquismo, colorido y musicalidad, marcialidad en las comparsas varias de los reyezuelos moros y de las avanzadas cristianas que nos retoman a viejas lecturas medievales representadas en espacios de tanto sabor como el jardín de San Esteban. Todo en esta escenografía ajusta su marca, su desenvoltura, su digna presencia y colosal estallido de luz y color que conforman los voltorios arabescos, atavíos de las hembras acompañantes como la suntuosidad de sus carrozas que ponen alegría y vibración sensual en el aire otoñal de estos días mágicos.

8. Santa María de la Arrixaca, Murcia, la historia y los moros y cristianos. R. De M. Y C. 1997